

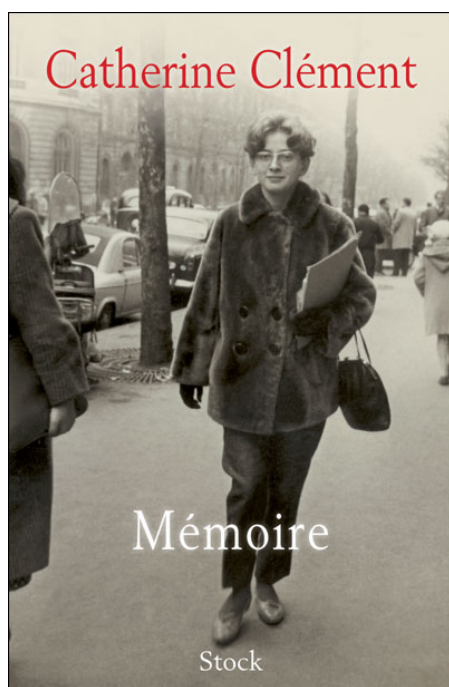
La *Mémoire* de Catherine Clément*

Jordi Luengo López

Universidad Pablo de Olavide

jluegol@upo.es

Un écrivain, un vrai, arbore des stigmates. Il boit ou il a bu. Il souffre, il a souffert. Il ne vit que pour les mots, sa seule passion. [...] En femme, elle a une souffrance en valeur ajoutée, quelque chose de saignant, affaibli ou bien vindicatif (Catherine Clément, *Mémoire*, pp. 321-322).



«Décide, mais dissimule! [...] Les hommes n'aiment pas les femmes qui ont une tête! Cache ton intelligence, fais-toi bête, ma fille!» (p. 23). Este fue el consejo que Rivka, la madre de Catherine Clément, dio a su hija cuando todavía era una niña. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, Rivka no estaba exhortando a permanecer en el letargo a quien se convertirá en una de las mayores escritoras del siglo XX, referente indiscutible para el feminismo francés, sino, en realidad, la estaba soliviantando a ser mucho más inteligente de lo que ella había sido. Años más tarde, desde el recuerdo, Clément reconocería que con esas palabras, y la actitud que las acompañaba, Rivka le estaba transmitiendo «les clefs de la liberté des femmes» (p. 26). Una libertad de la que su abuelos se vieron de repente desprovédos, ya

que, en mayo de 1944, se les deportó a Auschwitz, donde serían asesinados. Inteli-

* A propósito de la obra de Catherine Clément, *Mémoire* (París, Stock, 2009; 591 páginas. ISBN: 978-2-234-05964-1).

gencia y libertad, desde el cruel recuerdo de aquellos años de guerra, sus primeros años de vida, trazarán las sendas que la *normalienne* recorrerá hasta decidir escribir este libro.

Esas llaves de la libertad de las mujeres, indiscutible herencia de su madre, irán, además, acompañadas por un elemento exótico que Rivka también librará en materia de gusto a su hija. Los aires orientales de la India llegarán a Catherine como un código a descifrar a lo largo de su vida. Cada uno de los instantes en que su madre reaparezca en su memoria, traerá consigo, junto a la materia constituyente del recuerdo, una de esas muchas vacas sagradas que, en madera, porcelana o plata, solía coleccionar, esperando poder reencarnarse en una de ellas una vez franqueada la línea del más allá.

La cuna de la escritora fue el seno de una pequeña familia burguesa sedienta de cultura en un tiempo en el que ella apenas empezaba a democratizarse. Clément formulará en uno de los capítulos inaugurales de su obra «Comment ai-je été fabriqué intellectuelle?» (p. 49). Una respuesta que, en realidad, todavía está por contestar, porque su pensamiento sigue latente. Sin embargo, en la misma, sí que pueden advertirse ciertos importantes matices, que, no sólo nos ayudan a conocer la trayectoria académica de la escritora, sino que nos muestran cómo funciona el sistema educativo francés, al menos, en cuanto a lo que respecta a las posibilidades que se le abren a un/a buen/a estudiante. El proceso para «fabricar a un intelectual» sigue todavía hoy las mismas sendas de entonces, pasando por las *grandes écoles*, la *Normale Sup* y, finalmente, la *Polytechnique*. Sin duda intencionalmente, Clément establece esa distinción entre aquellos hombres que llegan a ser «intelectuales» y el itinerario seguido por las mujeres que pretenden serlo, que, pese a ser en realidad el mismo, siempre resulta mucho más arduo para ellas. La autora ratificará esta evidencia, aún constatable en la actualidad, con la siguiente reflexión: «Les intellectuels français existaient depuis l'affaire Dreyfus, mais les intellectuelles, non. [...] Quarante ans plus tard, la séparation des sexes a disparu. Mais malgré les progrès dus à la mixité, je n'ai pas le sentiment que la situation ait entièrement changé» (p. 51). A raíz de estas palabras, la *Mémoire* de Catherine Clément se convierte en un manual de «toma de conciencia» de la realidad de las mujeres. La propia experiencia de Clément, al sobrevivir a la guerra, al formarse como «intelectual», al convertirse en académica, al enfrentarse con la frenética actividad periodística y, muy particularmente, al devenir escritora feminista, nos dan fe de este fenómeno de lucha identitaria. Será, por lo tanto, filósofa... filósofa feminista, por la influencia de la protestante y humanista Françoise Burgelin, pero sobre todo por la desaparición de sus abuelos, porque Auschwitz había exterminado la filosofía. Era imperativo revivirla y ella lo haría desde el pensamiento de una mujer libre. Años más tarde, cuando el campo de concentración se había convertido en un reclamo turístico, volvería para conocer aquello por lo que pasaron sus abuelos. Du-

rante toda la visita estuvo literalmente sin palabras, hasta que, saliendo del recinto, en silencio, se echó a llorar sin poder parar.

La maternidad es otro de los retos que Clément tendrá que afrontar para demostrar que el hecho de ser madre no es un impedimento para que las mujeres puedan convertirse en «intelectuales». Para ello, se enfrentará al principal foco de resistencia del movimiento feminista, siendo éste el de la intransigencia manifestada por parte de otras mujeres. Dicha evidencia se constata cuando la directora de la *École Normale Supérieure de Jeunes Filles* de Sèvres (ENSJF), advirtió con fervor a la escritora que nunca pasaría el examen de la *Agrégation*² y mucho menos justo un año después de haber dado a luz. Esta oposición, en líneas generales, le permitiría entrar en la Universidad, por lo que su consecución resultaba ser fundamental. Catherine Clément logrará aprobarla, y no sólo eso, sino que también demostrará saber compaginar esas dos funciones de madre e intelectual, algo que hoy poco nos sorprende, en vistas a que es algo que la gran mayoría de mujeres han hecho durante toda su vida. Súmese, como mérito forzado, el hecho de que su marido, compañero de profesión, la abandonó, en 1968, por una de sus estudiantes mucho más joven que ella. Puede que por lo prosaico de la historia, además del dolor de la traición cometida, Clément necesitara diecisiete años para poder superar la felonía de su «Bien-Aimé». En ambos casos, se trata de retazos de una lúgubre existencia que clama, como en cualquier *Traviata* o *Bohème*, por conseguir calmar la agonía de toda aquella mujer «sacrificada en nombre del amor». Clément, aunando su gusto por la ópera, sabrá «cantarla» con maestría en su libro *L'Opéra ou la Défaite des femmes*, publicado en 1979. Una obra manifiestamente feminista que inspirará a varios musicólogos a abrir consciencias, en la medida de lo posible, en pro de la libertad femenina.

A esa denuncia sobre el pesar de amor, se sumarían otras mujeres que compartieron algún momento de la vida de Catherine Clément, como fue el caso de la también feminista Julia Kristeva, con quien escribiría a distancia un ensayo sobre lo sagrado. Esta última, en su libro *Histoires d'amour*, aparecido en 2006, apuntaría que quien no está enamorado, ni tampoco se psicoanaliza, es como si estuviera muerto —sentencia que no deja de ser sorprendente, dado que, como cuenta Clément, Jean-Paul Sartre sólo fue en una ocasión a psicoanalizarse, sin haber vuelto nunca más. Clément, por el contrario, ya había seguido décadas atrás la máxima de Kristeva, al incardinar, junto a Christine Buci-Glucksman y Élisabeth Roudinesco, el psicoanálisis a *La Nouvelle Critique*, revista del *Parti Communiste français* (PCF).

² La oposición de la *Agrégation*, cuyos orígenes se remontan a finales del siglo XVIII, consiste en la contratación de profesores de segundo grado dentro de las disciplinas emplazadas en la Enseñanza Secundaria. Sin embargo, en este caso, se refiere al otro modelo de *Agrégation*, la cual se encuentra dirigida a reclutar profesores para la Universidad.

Mémoire abordará los distintos momentos políticos que atravesó Francia desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, siendo abordados desde la visión de una profesora universitaria de la Sorbonne –*maître de conférences* en Paris-I, antes y después de la fragmentación de la Universidad– que comulgará con su estudiantado en aquellos momentos claves, como fueron la guerra de Argelia, el mayo del 68 o incluso la guerra del Vietnam; desde la perspectiva de la periodista que escribió innumerables artículos en los periódicos *Le Monde* y *Le Matin de Paris*; pero, sobre todo, desde la de una escritora feminista que reivindicaba la paz, la paz a cualquier precio (p. 352).

Así pues, la autora mantendría siempre esa empatía feminista con el mundo que la rodeaba, desafortunadamente demasiado injusto para que hubiera una correspondencia, y lo haría en todas las dimensiones de su realidad de vida. Una de ellas fue la de la política, donde, a principios de los años setenta, dentro del programa socialista de François Mitterand, establecería la particular ligazón entre las «femmes socialistes» y los latentes «dramas féministes». De este modo describía el ideario del mismo: «Le propos était simple. Lutter pour la cause des femmes, c'était lutter d'abord pour l'égalité des salaires, la parité partout, un meilleur remboursement de l'IVG³, un meilleur statut des femmes dans le corps social, pas seulement en France, mais dans le monde. Revendications justes. C'est encore ce que je pense aujourd'hui» (p. 227). Pocos años después, la escritora abrazaría la tendencia comunista, aunque terminaría por abandonarla ante la actitud homófona de sus compañeros. Próxima estuvo también a Jacques Chirac, quien gobernaría Francia desde las filas de la derecha parlamentaria, pese a haber mostrado en su juventud, como hizo la autora, una marcada simpatía por los comunistas. Ni Mitterand, ni más tarde Chirac, tratarían a Clément como la importante escritora que es; nunca, según confiesa en *Mémoire*, ésta había percibido en ellos la consideración abstracta y volátil que un presidente francés concedía a los escritores (p. 396). En cualquier caso, al margen del motivo por el que ambos así lo hicieran, aún aventurándonos con probable acierto a esgrimir las causas de tal conducta, el caso es que la escritora siempre prefirió que procedieran de tal modo.

Esta lucha en el terreno político-social llevada a cabo por la autora, además de su manifiesta «conciencia feminista», a su vez, estará fundamentada en una estructura de pensamiento que Clément irá configurando con las enseñanzas de tres figuras claves de Occidente: Vladimir Jankélevitch, quien le enseñó a ser observadora; Jacques Lacan, que le transmitió la constante incógnita de la conciencia; y, finalmente, Claude Lévi-Strauss, al darle las claves para descifrarla. Curioso, pero como diría la propia autora: «Pas de femmes» (p. 233).

³ Siglas cuyo significado es el de *Interruption volontaire de grossesse*, es decir, un aborto provocado.

La delación de todo aquello restrictivo en materia de reconocimiento del saber de las mujeres, en la obra de Clément, será una constante a la que se volverá reiteradamente. Así, vemos cómo la *Académie française* da muestra de ello cuando Clément, siguiendo las enseñanzas de su maestro Lévi-Strauss, la compara con esa gran cabaña del pueblo bororo, centro neurálgico de todo poblado, cuyo significado, *baitemannageo*, era el de «*maison des hommes*» (p. 278). Y, eso es precisamente lo que sería la *Académie* hasta 1980, momento en que se permitió la entrada a la primera mujer, en concreto a la escritora y ensayista Marguerite Yourcenar. Sin embargo, no sólo era este aspecto que Clément recriminaría a la *Académie française*, pues tampoco aprobaba que se hubiera aceptado como miembro a Jacques Cousteau, quien abrigaba convicciones antisemitas, además de haber mantenido buenas relaciones con los alemanes y con el régimen de Vichy durante la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, al margen de las influencias occidentales que la escritora pudiera haber tenido, yendo incluso más allá de la actitud que tomara la *Académie française* con respecto al acceso de sus «*intelectuales*», Clément no se limitaría a nutrirse del conocimiento y experiencia de estos «*hombres*», ni tampoco fundamentaría su producción en criticarlos, sino que bebería también de Oriente a través de «*un homme qui se présentait comme la mère de son peuple*» (pp. 275-276). Éste no era otro que Mahatma Gandhi. Con todo, Clément lamentará la muerte de los grandes maestros del pensamiento de la Europa en la que se cultivó, y no sólo lo hará en cuanto a lo que a «*figuras literarias*» respecta, como fue el caso de Roland Barthes, Romain Gary, Louis Althusser o Nikos Poulantzas, sino también con la desaparición de personajes como el diestro Francisco Rivera «*Paquirri*», dado su conocido amor por la tauromaquia. Todas estas pérdidas estarán cubiertas de ese grisáceo tono con el que se tiñe lo cotidiano. Realidad que, sin embargo, en la India, según Clément, nunca será verdadera por completo (p. 399).

El legado de Rivka, se presentará ante ella como un amor lleno de contradicciones, algo sumamente personal, sin saber si esa intimidad es propia de la India o propia de sí misma (p. 403). En ese sentimiento de grato desconcierto, Clément advertirá la marcada actitud machista del Hinduismo; conocerá la simbología de la esvástica india, demasiado ligada a aquella por la que su familia tanto sufrió; comprobará que la dignidad de las mujeres poco tiene que ver con la que ella había adquirido en el transcurso de su vida; constatará la miseria de las calles de Kaboul, y no sólo en cuanto a lo que respecta a la pobreza habida en ellas, sino también en ese extraño brebaje, mezcla de sonrisas y drogas, que los hippies predicaban con consignas que olvidarían con el tiempo; y, tomará consciencia de que más allá de sus fronteras, en Afganistán, en Irán o en Senegal, la situación de las mujeres no mejorará en grado alguno, sino más bien al contrario, serán literalmente «*humilladas*» en nombre de la tradición, la religión y las costumbres. Empero, asimismo, en un plano ya mucho más

positivo, también aprenderá el uso del inglés, adquiriendo allí un dulce acento que nunca la abandonará; sabrá que en la India la poesía forma parte de la vida; y, obviamente, quedará rendida ante las maravillas del misticismo y de su atmósfera. Todo ello, conducirá a la escritora feminista a la conclusión de que el verdadero mensaje de todo este contraste, emplazado al unísono entre la angustia y el mágico encanto de la India, se encuentra en el simple –aunque necesario– hecho de revalorizar la condición femenina por parte de las autoridades gubernamentales: «Les vrais, les sérieux parmi les diplomates ont compris que l'enjeu qui divise le monde n'est pas seulement le pétrole ni seulement la banque, mais la question brûlante de la liberté des femmes» (p. 442). Con todo, y a pesar de los antagonismos recién enumerados, e incluso al margen de la actitud de los mandatarios, entre los que afortunadamente ha habido quienes han percibido esta realidad, la autora feminista terminará por confesar la indiscutible magnificencia de la India: «S'il y a un paradis sur terre. C'est ici, c'est ici, c'est ici» (p. 403).

Mémoire es un recuerdo escrito desde la nostalgia de lo vivido, del particular transcurso del universo intelectual de Catherine Clément, que, con fuerza, irá avanzando a lo largo de las décadas del siglo XX. En cierto modo, es un manual de la historia de Francia desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días, una historia resignificada desde la perspectiva de género, bajo unos criterios específicos de interpretación subjetiva, donde el feminismo marca los ejes para ser analizada, sentida y revivida con la empatía de una conciencia común. Criterios de una realidad, en verdad atemporal, que, como manifestará Catherine Clément, no buscarán más que conectarse con la belleza de la vida, cuya más clara manifestación será la de la esperanza: «La mémoire m'a rendu la beauté que je ne voyais plus, que je ne pouvais plus voir» (p. 505).